

Artículos

***El éxodo rural en México y su
relación con la migración
a Estados Unidos***

Lourdes Arizpe

INTRODUCCIÓN

LA EMIGRACIÓN de trabajadores de países en desarrollo a países industriales es considerada por muchos gobiernos como una forma de intercambio Norte-Sur que beneficia a ambas partes. La escasez de mano de obra y la renuencia de la población nativa a ocupar los espacios laborales de baja remuneración y poco prestigio, han impulsado la creación de programas temporales y permanentes de “trabajadores-huéspedes” por parte de los gobiernos de países industriales. Es interesante notar que, en gran medida, el lugar de ocurrencia de este hecho se verifica en países que están geográficamente alejados o aislados de aquellos que expulsan trabajadores, permitiendo establecer en éstos una clara separación entre la migración laboral internacional y la migración interna. Por el contrario, la contigüidad geográfica de México y los Estados Unidos y la ausencia de programas oficiales de envergadura realista, han generado reiteradas interpretaciones de la migración mexicana hacia aquel país como un “desborde” de la migración rural interna. Este trabajo intenta demostrar que,

* Traducido por Sarui Allub.

a pesar de que el éxodo rural y la migración extra-fronteras se hallan interrelacionados, constituyen dos movimientos distintos en lo que respecta a ritmos y selectividad del tipo de migrantes involucrado.

Esta distinción es de importancia; a pesar de que las investigaciones recientes de Bustamante, CENIET, Cornelius y otros autores han aportado datos más precisos y confiables sobre este movimiento migratorio, con frecuencia, en la opinión política y pública de ambos países, se siguen oscureciendo sus causas bajo amplias generalizaciones. Así se atribuye, *grosso modo*, como causas de la emigración la pobreza, el crecimiento de la población y el desempleo en forma vaga e inconsistente cuando de hecho se trata de procesos sociales y económicos altamente complejos.

Un conocimiento más exacto de la textura de ambos flujos migratorios resulta prioritaria para la formulación de políticas en ambos países. Muchas de las propuestas formuladas hasta ahora sugieren soluciones uniformes para lo que realmente es un flujo muy heterogéneo. Los migrantes establecen múltiples estrategias para alcanzar objetivos diversos que, en la mayoría de los casos implican decisiones personales difíciles. Sería casi imposible tomar medidas específicas para cada tipo de migrante, pero es importante que por lo menos se reconozcan estas diferencias al formular programas o políticas que los afecten.

En este trabajo comenzaré por discutir algunos problemas analíticos que se presentan cuando se intenta explicar el fenómeno migratorio en países en desarrollo. Luego se analizarán los condicionantes macroeconómicos y los patrones de migración a nivel de comunidad como contexto para entender quiénes son los migrantes que son atraídos hacia los Estados Unidos.

LA EMIGRACIÓN RURAL EN EL MARCO DEL CAPITALISMO INDUSTRIAL

A la luz de la experiencia histórica del desarrollo industrial capitalista, no sorprende la existencia de flujos de emigración rural orientados hacia los centros urbanos. Todas las naciones industrializadas crearon un proletariado industrial a partir del traslado de los trabajadores desplazados de la actividad agrícola que se movilizaron hacia regiones de crecimiento industrial, en especial

en países con un patrón de industrialización altamente centralizado.

Sin embargo, durante el período de industrialización en Europa Occidental, el ritmo de creación de empleos en las industrias fue insuficiente para absorber la totalidad de la población expulsada de la agricultura. En consecuencia, se trasladaron a ultramar, entre 1846 y 1932, 51 millones de emigrantes.¹ Los cuatro flujos más importantes de la emigración europea durante este período tuvieron su empuje inicial en un éxodo masivo. Como ejemplos, el movimiento migratorio internacional de 1849-1854 se inició a partir de la descomposición de la economía campesina del sureste de Alemania; el de 1881-1888 fue consecuencia de la crisis agrícola provocada por la importación a Europa de trigo a precio más bajo de los Estados Unidos.²

Más de la mitad de estos migrantes fueron recibidos por los Estados Unidos. Entre 1821 y 1932 absorbió aproximadamente 32 millones de inmigrantes europeos, la mayoría proveniente de zonas rurales. Así lo afirmó la Comisión de Inmigración de los Estados Unidos a raíz del ingreso de 10 millones de inmigrantes en el período de 1903 a 1913: "Antes de arribar a los Estados Unidos, la mayoría se ocupaba en actividades agrícolas, o no calificadas y no tenían experiencia en la industria manufacturera o en la minería."³

Esta exportación de trabajadores desempleados fue posible gracias a que existían, en ultramar, vastos territorios sujetos a la dominación y colonización europea desde hacía varios siglos. Esta opción, por supuesto, no está abierta a los países en desarrollo de la actualidad.

La experiencia histórica europea también nos muestra que es falaz considerar como causas únicas de la emigración rural, el crecimiento demográfico, la pobreza o los conflictos étnicos abstraídos del contexto total del proceso de desarrollo capitalista.

Primero, observamos que el éxodo rural durante el período de la industrialización de Europa Occidental, ocurrió *a pesar del lento crecimiento de la población en las áreas rurales*. Esto apunta

¹ Ésta es la estimación mencionada por Brinley Thomas, *International Migration and Economic Development* (París: UNESCO, 1966).

² *Ibid.*, p. 10.

³ Citado en Thomas, p. 11.

al hecho de que el elevado crecimiento demográfico en los países en desarrollo actuales no puede ser considerado como la única y exclusiva causa de la emigración rural. Contrariamente, esta diferencia señala cuánto más crítica es la situación que enfrentan hoy en día los países en desarrollo, al aplicarse políticas similares a aquellas ejercidas durante el período del crecimiento industrial de Europa Occidental, que estimulan el éxodo rural pero bajo condiciones agravadas por el alto crecimiento poblacional y por opciones más restringidas de empleo y de migración externa.

Segundo, no se explica nada al afirmar que la pobreza es la causa principal del fenómeno de la emigración rural. Además de que ha existido desde mucho antes del comienzo de la migración rural-urbana, la pobreza no es sino un *síntoma* de la existencia de un proceso económico subyacente.

Tercero, las diferencias étnicas, salvo en casos de enfrentamientos políticos, invasiones o guerra, por lo general se reflejan sólo de manera *indirecta* en la migración. Claro que el factor étnico puede determinar el patrón de distribución y tenencia de la tierra, de la riqueza y del poder político, y esta jerarquización de la sociedad se refleja en la selectividad de los migrantes. Pero su influencia es más directa, entonces, en los *patrones* de migración, dado que los lazos sociales y económicos, fortalecidos por una identidad étnica común, estructuran un comportamiento diferenciado en los migrantes de un grupo particular. Esto es especialmente cierto en el caso de México.

CONSIDERACIONES TEÓRICAS SOBRE LA MIGRACIÓN ⁴

La estrecha vinculación entre el crecimiento industrial capitalista, especialmente en países con un patrón de industrialización altamente centralizado, y la migración rural urbana en gran escala, indican que este tipo de migración puede ser considerado como la expresión geográfica de un proceso económico. Sin embargo, no puede derivarse mecánicamente la emigración rural del proceso de desarrollo del capitalismo, ya que es necesario distinguir entre la generación de una sobrepoblación relativa en el

⁴ Una discusión más completa sobre teorías de la migración se presenta en: Lourdes Arizpe, *Migración, Etnicismo y Cambio Económico* (México: El Colegio de México, 1978).

campo y el proceso de migración. No hay duda de que la liberación de fuerza de trabajo mediante niveles más altos de inversión de capital en la agricultura, es una condición necesaria para la emigración masiva. Pero de ahí no puede realizarse un desplazamiento lógico para afirmar que los trabajadores liberados, automáticamente se convierten en migrantes. Existen muchas alternativas posibles. Por ejemplo, los trabajadores pueden orientarse hacia otras actividades asalariadas, o fuentes de ingreso locales; las prescripciones culturales y étnicas pueden disuadir o cambiar la selectividad de los migrantes; el desempleo puede ser transferido de un sexo a otro, como por ejemplo cuando las mujeres jóvenes son enviadas al trabajo migratorio para compensar el desempleo masculino en la agricultura.

Por lo anterior, deben concurrir en la explicación de la migración dos niveles de análisis. En un nivel general, debe entenderse dentro del contexto de la industrialización, los patrones de urbanización, la transformación de la economía campesina en una economía de mercado y las políticas estatales que afectan al cambio social y económico. Estas fuerzas macroeconómicas estructuran el proceso de migración, pero este nivel de análisis sólo puede proporcionar explicaciones generales. Todavía es necesario explicar por qué algunos núcleos campesinos permanecen en el campo, en tanto que otros migran, cuando ocurre que ambos enfrentan presiones similares para partir. Dicho en otras palabras, *dado que los migrantes rurales no constituyen una muestra aleatoria de los habitantes rurales, debe explicarse la selectividad.*

La selectividad de los migrantes sólo se entiende en otro nivel de análisis, *desplazando el foco de análisis de los individuos migrantes hacia los cambios que están ocurriendo en la estructura social de las comunidades rurales.* Esto no implica concentrar la atención en las características personales de los migrantes, tales como, si se trata de los psicológicamente más aventureros o los más pasivos, etc., o en sus motivaciones para haber migrado. Antes bien, debemos fijarnos en la posición que ocupan en el seno del hogar, por ejemplo, si son los de más edad o los más jóvenes, si son hombres o mujeres; y en la estructura de clase de la comunidad, por ejemplo, si se trata de terratenientes, asalariados, artesanos o comerciantes.

El punto teórico más importante que se postula aquí es que las características individuales de los migrantes adquieren su significado sólo dentro del marco de análisis de la estructura social. *Es probable que el tipo de migrante varíe en cada generación y, quizá aún con más frecuencia, de acuerdo con el ritmo del cambio social.* La emigración rural puede explicarse plenamente, por lo tanto, mediante la observación minuciosa del proceso histórico y, específicamente, de las variaciones que ocurren en las regiones y comunidades que experimentan un rápido cambio social y económico.

En síntesis, existen dos interrogantes básicos acerca de la emigración rural en un país en vía de desarrollo. Por una parte, el problema de *por qué* ocurre la migración, que tiene que ver con las políticas del desarrollo industrial y agrícola. Y por otra, el de *cómo* están enfrentando las comunidades campesinas las presiones para migrar, que hace que se presenten claros patrones geográficos, sociales y económicos en los flujos migratorios.

Con estos instrumentos analíticos trataré, en los párrafos siguientes, de explicar las fuerzas más importantes que han operado tras el éxodo rural en México y la migración de mexicanos hacia los Estados Unidos. Se mencionarán sólo brevemente los aspectos macroeconómicos pertinentes para explicar la migración y el análisis se centrará, antes bien, en los cambios de la estructura social de las comunidades rurales.

LAS POLÍTICAS DE DESARROLLO Y EL ÉXODO RURAL EN MÉXICO (1940-1980)

El éxodo comenzó hace mucho tiempo en el campo mexicano —en parte desde el siglo pasado ya comprendía migrantes hacia los Estados Unidos—, pero empezó a tomar características propias a comienzos del decenio del cuarenta.⁵ Durante la década anterior, el presidente Cárdenas había llevado a cabo la Reforma Agraria favoreciendo al campesinado mediante una extensa distribución de la tierra. Este proceso sentó las bases para una era de prosperidad rural con un crecimiento del 5.7 por ciento

⁵ Ver el capítulo de Jorge Bustamante en *The Border That Joins*, vol. 2, editado por Peter G. Brown y Henry Shue (Totowa, N.J.: Rowman and Littlefield, por aparecer).

anual de la agricultura mexicana entre 1940 y 1965. Sin embargo, hacia fines de los años sesenta, el crecimiento agrícola había caído por debajo del nivel del aumento de la población, y se tuvo que importar granos, en tanto que los migrantes se trasladaban a las ciudades o cruzaban la frontera. ¿Qué había sucedido durante este período que hizo que se transformara la producción de alimentos en la producción de migrantes?

El éxito de la Reforma Agraria y el saldo favorable de la agricultura en la economía nacional —el precio de los alimentos se incrementó más rápidamente que el índice general de precios entre 1929 y 1945—⁶ se reflejó en un mejoramiento nutricional y en un mayor acceso a los servicios médicos que disminuyeron las tasas de mortalidad y generaron un crecimiento de la población sin precedentes de más de un 3 por ciento anual.

Al comienzo del régimen de Alemán en 1948, se adoptó una nueva estrategia de desarrollo que orientó las inversiones del gobierno hacia la sustitución de importaciones y hacia la irrigación agrícola en gran escala.⁷ Las políticas del gobierno que estimulaban la industrialización, llevaron a la centralización de recursos en los centros urbanos, los que incesantemente atraían gente de regiones rurales. Se crearon oportunidades de empleo muy rápidamente en las grandes ciudades, sobre todo en la ciudad de México. Allí, por ejemplo, se generaron 503 000 empleos en los años cuarenta, 686 000, en los cincuenta, y 679 000 en los sesenta.⁸ Los migrantes podían encontrar un empleo formal con facilidad puesto que los requisitos para el ingreso en el mercado de trabajo eran pocos y podían ser entrenados en la ocupación misma. Para aquellos que buscaban un ingreso temporal, el auge de la construcción de viviendas y de la infraestructura urbana ofrecía amplias oportunidades a voluntad.

⁶ Leopoldo Solís, "Hacia un Análisis General a Largo Plazo del Desarrollo Económico de México", en *Economía y Demografía*, 1, núm. 1 (abril-junio, 1967): 57. Para tendencias más recientes, ver su "Cambios Recientes en la Economía Mexicana", en *Investigación Económica*, XXX, núm. 17 (1970): 23-70.

⁷ Banco Nacional de Comercio Exterior, *Facts, Figures, Trends, Mexico 1976* (México: BNCA, 1976), pp. 146-148.

⁸ Enrique Contreras Suárez, "Migración Interna y Oportunidades de Empleo en la Ciudad de México", en *El Perfil de México en 1980* (México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972), p. 393.

Sin embargo, a pesar de este desarrollo urbano e industrial, el crecimiento agrícola fue muy desigual en dos sentidos: en su intercambio con el sector industrial e internamente. La agricultura proporcionó los productos agrícolas para la exportación y los alimentos baratos para apoyar la industrialización. No obstante, en este proceso perdió demasiados recursos.⁹

La prolongada transferencia de recursos, por vías fiscales y de precios, entre la agricultura y la industria en el período de 1942 a 1963 erosionó las bases económicas de la pequeña propiedad al estimular un desarrollo desigual dentro del sector agrícola. Por su parte, la Revolución Verde polarizó, aún más, este desarrollo tal y como sucedió en otros países de Asia. Las semillas híbridas pueden producir altos rendimientos sólo cuando son usadas junto con otros insumos de alta tecnología, como los insecticidas, fertilizantes químicos y sistemas de riego. Sólo una minoría de agricultores fueron capaces de beneficiarse de las nuevas especies y de la tierra irrigada por lo que tanto la tecnología como los capitales se han concentrado en las grandes propiedades.¹⁰

Pero el golpe de gracia contra los minifundios, que subsistían gracias al cultivo de temporal del maíz, vino en 1957 cuando fue regulado artificialmente su precio. Desde 1927, este precio había crecido en forma sostenida en ciclos continuos pero en 1957, siguiendo los lineamientos de la política del "desarrollo estabilizador", su ascenso cíclico fue interrumpido con importaciones masivas, procedimiento que se repitió luego, en 1963, cuando comenzó a subir nuevamente. Se mantuvo este precio de 1957 hasta 1973, período durante el cual el economista mexicano Gómez Oliver estima que perdió un 33 por ciento de su valor.¹¹

Warman señala que el equilibrio entre los costos monetarios de producción, precios y salarios medios de las áreas rurales se rompió en 1966.¹² Los campesinos minifundistas, entonces, dis-

⁹ Ver Sergio Reyes Osorio, *et al.*, *Estructura Agraria y Desarrollo Agrícola en México* (México: Fondo de Cultura Económica, 1974) y Gómez Oliver, J., "Crisis Agrícola, Crisis de los Campesinos" en *Comercio Exterior*, 28, núm. 6 (junio, 1978): 714-727.

¹⁰ Cynthia Hewitt de Alcántara, *La Modernización de la Agricultura Mexicana, Siglo XXI* (México, 1979) y Susan George, *How the Other Half Dies* (Montclair, N.J.: Allanheld, Osmun and Co., 1977).

¹¹ Gómez Oliver, p. 727.

¹² Arturo Warman, "Política Agraria o Política Agrícola", en *Comercio Exterior*, 28, núm. 6 (junio, 1978): 681-687; 686.

minuyeron sus "inversiones" en la producción agrícola y se hicieron más dependientes para su subsistencia del trabajo asalariado estacional. Ya para 1974, dos millones de hectáreas de cultivo de temporal, que habían estado bajo cultivo en 1965, se habían abandonado.¹³ De allí la escasez de la producción de granos para la alimentación que comenzó a caracterizar a la agricultura mexicana durante los años setenta. Si se agrega a esto la declinación del empleo asalariado en las áreas rurales durante este período —que se explica en la siguiente sección— se hace claro cuán dependientes del empleo migratorio asalariado se hicieron los campesinos. Este empleo fue buscado en las ciudades, en la agricultura en expansión de la región del noroeste de México, y en los Estados Unidos. Así lo indican las cifras censales: los hombres y mujeres trabajadores agrícolas representaban el 36.7 por ciento de la fuerza de trabajo en la agricultura de México en 1950, el 48.0 por ciento en 1960, y el 54.0 por ciento en 1970.¹⁴

Durante este mismo período comenzó a declinar la tasa de creación de empleo en los centros industriales. En la ciudad de México bajó de un 4.9 por ciento para los hombres y un 5.0 para las mujeres en la década del cincuenta, a un 3.2 por ciento y un 3.3 por ciento en los años sesenta.¹⁵ En consecuencia, los migrantes comenzaron a incorporarse al sector servicios, mismo que fue responsable del 30.2 por ciento de los nuevos empleos en los años cuarenta, del 33.2 por ciento en la década del cincuenta, y del 55.5 por ciento en el sesenta.¹⁶ Pero fue en el sector informal urbano, es decir, en el empleo no contractual y de bajos ingresos —generalmente por cuenta propia— en donde la abrumadora mayoría de los migrantes rurales se ocuparon durante los años del sesenta y setenta.¹⁷

En esta sección se han mencionado algunos de los indicadores macroeconómicos de la crisis de la pequeña propiedad en México, pero éstos proporcionan sólo una imagen parcial de la emigra-

¹³ *Ibid.*

¹⁴ Luisa Paré, *El Proletariado Agrícola de México, Siglo XXI* (México: 1977).

¹⁵ Suárez Contreras, p. 393.

¹⁶ *Ibid.*, p. 408.

¹⁷ Lourdes Arizpe, *Indígenas en la Ciudad: El Caso de las 'Marias'*. Sep-Setentas (México: 1975) y Larissa Lomnitz, *Cómo Sobreviven los Marginados, Siglo XXI* (México: 1978).

ción rural. Es necesario también observar el *impacto local* en la organización de la comunidad, la estructura política regional y la división del trabajo dentro del hogar campesino, pues son éstas las condiciones que explican con mayor claridad los diferentes tipos de migrantes que han dejado y continúan dejando el campo mexicano. Ahora podemos preguntarnos: dadas estas condiciones *necesarias* ¿cuáles han sido las condiciones *suficientes* que han operado para provocar la migración de ciertos individuos y grupos?

LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LAS COMUNIDADES RURALES Y LA EMIGRACIÓN

La integración de las comunidades campesinas de México en una economía de mercado durante los últimos treinta años ha implicado un reordenamiento total de sus relaciones económicas y sociales; reordenamiento que no puede explicarse atendiendo a factores únicos y autónomos. Por ello el análisis de correlación entre las variables relativas a las condiciones de pueblos y municipios y la emigración, no alcanza a explicar plenamente este fenómeno.¹⁸

Un ejemplo puede ilustrar este problema analítico. Se ha encontrado que la introducción de un cultivo comercial en algunos casos, puede *frenar* la migración por dos razones: primero, porque permite a la familia campesina obtener ingresos líquidos en la localidad y, segundo, porque estabiliza las fluctuaciones estacionales del empleo. La dinamización del flujo comercial que se produce puede traer al pueblo algunos de los bienes de consumo y actividades de esparcimiento que hacen tan atractivas a las ciudades. Sin embargo, al contrario, también puede *estimular* la migración cuando acelera la concentración de la tierra y el capital. Esto desplaza a los pequeños productores y, en la medida en que estimula la utilización de tecnologías intensivas en capital en el cultivo, obliga a las familias campesinas a enviar migrantes fuera de la comunidad para obtener recursos monetarios necesarios para el cultivo del producto comercial.¹⁹

¹⁸ Joseph P. Stoltman and John Ball, "Migration and the Local Economic Factor in Rural Mexico", en *Human Organisation*, 30, núm. 1, pp. 47-56.

¹⁹ Arizpe, *Migración...*, p. 98. Ver también Ina Dinerman, "Patterns

Este ejemplo subraya el grado en que la estructura social y política de las comunidades puede aliviar o reforzar los aspectos negativos de la integración en una economía de mercado. Por lo tanto, no se puede dar por supuesto la existencia de una "comunidad rural" en abstracto.

Para comenzar, la economía campesina en México no es tan "tradicional" como pudiera pensarse. La Reforma Agraria de los años treinta conllevó un considerable movimiento de reasentamiento de la población rural haciendo posible que las comunidades reconstruyeran una economía campesina basada en la producción de autosubsistencia en hogares estrechamente unidos por relaciones de reciprocidad dentro de la comunidad.

Sin embargo, en los programas de distribución de la tierra no se hicieron reservas que contemplaran el incremento natural de la población campesina. En efecto, los hijos de los ejidatarios con frecuencia no poseen títulos legales de las tierras ejidales, lo que hace difícil la obtención de créditos agrícolas y permite una serie de irregularidades en la asignación de la tierra.

En las áreas densamente pobladas, la distribución promedio de tierra otorgada en el ejido fue, en algunos casos, inferior a las 6.5 hectáreas que, en aquella época se consideraba un minifundio dado que este tamaño de parcela no permitía a las familias asegurar su subsistencia. En Santiago Toxi, una comunidad del Estado de México, los ejidatarios recibieron, en 1929, 2.5 hectáreas de tierra; alrededor de los años setenta, la mayoría de las parcelas ejidales, y aun las tierras privadas, eran de apenas una hectárea en promedio. Muchos jóvenes querían permanecer en el pueblo y continuar con la agricultura pero, como dijo el hijo de Pascual de la Luz, de veinte años: "Sí, quiero cultivar la tierra pero, dígame, ¿qué puedo hacer con unos cuantos surcos?"

No obstante, el crecimiento de la población por sí mismo no explica ni la crisis de la agricultura, ni la elevada tasa de emigración. La prueba de esto es que el monto de la tierra cultivable per cápita en México no ha cambiado desde 1930.²⁰ Además, como se ha observado en varios países en desarrollo, la tasa bruta hombre/tierra "no nos dice nada sobre la productividad del suelo,

of Adaptation Among Households of U.S.-Bound Migrants from Michoacan, México", en *International Migration Review*, XII, núm. 4, p. 491.

²⁰ Reyes Osorio, et al., *Estructura Agraria*.

el cultivo y, muy importante, su distribución entre la población residente".²¹

Como se ha destacado en la sección anterior, el proceso de concentración de la tierra ha continuado en México, y el sector de la agricultura de temporal es el que ha sufrido con más agudeza la presión demográfica sobre la tierra. Algunas comunidades con alta presión poblacional, como por ejemplo Santiago Toxi, fueron capaces de sostener una economía viable basada en este tipo de agricultura *porque tuvieron otras alternativas que les permitieron diversificar sus fuentes de ingreso en la unidad familiar*.

En comunidades con escasez de tierra, como es el caso de Toxi, la búsqueda de fuentes alternativas de ingreso comenzó a principios del cuarenta. Muchos hogares todavía podían apoyarse en antiguas fuentes de ingreso: el pequeño comercio, las artesanías, la producción doméstica de alimentos y bebidas.

En otras regiones, un cultivo comercial "tradicional", que vendían al mercado nacional o internacional, aún proporcionaba un sostenido ingreso monetario. Por ejemplo, las fibras de ixtle, candelilla y henequén, y la raíz de zacatón.

Las artesanías tenían una amplia demanda en el campo puesto que proporcionaban la mayor parte de la vestimenta, utensilios domésticos, y herramientas agrícolas, muebles, aparejos de labranza, equipo de transporte, contenedores y juguetes. Así ocurría también con las industrias domésticas tales como la elaboración de licores, cerveza, dulces, colorantes, tejidos y otros. La gran ventaja de tales actividades, y también del pequeño comercio, era que se adaptaban a las necesidades estacionales de la fuerza de trabajo de la familia campesina, distribuyéndose en forma óptima entre los miembros del hogar según su sexo y edad.

También estaban en disponibilidad fuentes locales de trabajo asalariado tanto en la agricultura, sobre todo durante los períodos de siembra y recolección, como en proyectos del go-

²¹ John Connell, Biplab Dasgupta, *et al.*, *Migration from Rural Areas: The Evidence from Village Studies* (Delhi: Oxford University Press, 1976). Lo mismo ha sido mencionado para muchas regiones en África. Ver por ejemplo, Audrey I. Richards, ed., *Economic Development and Tribal Change* (Cambridge: W. Hefter & Sons, 1954) y más recientemente Helen I. Safa and Brian M. Du Troit, *Migration and Development* (The Hague: Mouton Publishers, 1976).

bierno tales como los programas de construcción de carreteras y diques que se llevaron a cabo en los años cuarenta y cincuenta.

Una opción entre varias fue el trabajo migratorio. Hasta fines de los cincuenta ésta era principalmente estacional (el padre y/o los hijos trabajaban en la industria de la construcción urbana, o en las áreas de la agricultura comercial) y temporal (los hijos y las hijas trabajaban en la ciudad, los varones generalmente como estibadores y mozos y las mujeres como empleadas domésticas). Otra posibilidad en las regiones donde se habían establecido centros de reclutamiento era, por supuesto, la migración hacia los Estados Unidos mediante el programa oficial de braceros.

Lo anterior significa que, cuanto más numerosa la familia, mayor era su posibilidad de obtener ingresos, dado que los miembros del hogar combinaban las actividades agrícolas con otras actividades generadoras de ingresos. Así el "capital humano" era claramente un haber para los hogares campesinos. La disminución de la tasa de mortalidad, especialmente de la mortalidad infantil, aumentó la posibilidad de supervivencia y por tanto, de acumulación de recursos para estos hogares.

Si las comunidades campesinas contribuían con la mayoría de los migrantes estacionales y temporales, ¿quiénes eran los migrantes que ingresaban a los empleos permanentes en las ciudades? Significativamente, durante los años cuarenta y cincuenta se trataba en su mayoría de jóvenes con cierta escolaridad, provenientes de las ciudades regionales y los pueblos de mayor tamaño. Ellos fueron los primeros en sentir el impacto de la atracción de las ciudades industriales.²² Sin duda influyó en este movimiento el patrón altamente centralizado del desarrollo industrial de México, mismo que tuvo un efecto estancador sobre los pueblos y ciudades de provincia de la periferia. En consecuencia, el empleo en las áreas rurales se expandía muy lentamente en las ocupaciones no agrícolas, a pesar de que los promedios de escolaridad y de aspiraciones de movilidad social crecían. De esta manera, los jóvenes con educación secundaria o preparatoria se inclinaban por ir a la ciudad de México en donde podían vivir la vida moderna a la que aspiraban. Por supuesto, hubo algunos migrantes permanentes que salieron de

²² Humberto Muñoz, Orlandina de Oliveira y Claudio Stern, *Migración y Desigualdad Social* (México: El Colegio de México, 1978).

las comunidades campesinas durante este período de migración pionera, en su mayoría por decisión individual, producto de un "deseo de superación" o de un impulso aventurero, o debido a conflictos en su hogar o en la comunidad.²³

Durante la década del cincuenta, en la medida en que se fortaleció el proceso de incorporación del sector campesino al mercado interno, comenzaron a ocurrir cambios económicos irreversibles en las pequeñas comunidades rurales. Con anterioridad, el intercambio de bienes y servicios dentro de las comunidades aseguraba que cualquier excedente producido permaneciera dentro de la región. Otros mecanismos socialmente prescritos permitían que el excedente de los hogares individuales se redistribuyera entre otros hogares de la comunidad. El mecanismo redistributivo más importante era el sistema de *cargos* mediante el cual los miembros más ricos de la comunidad debían cumplir con los ritos colectivos y religiosos de la comunidad asumiendo los gastos de las fiestas y ceremonias anuales.

Las normas de parentesco y de residencia también contribuían a esta redistribución. Cualquier hogar o grupo familiar con dificultades económicas podía ser rescatado o simplemente readjudicado, al repartirse sus miembros entre los hogares de parientes más prósperos. El casamiento uxoripatrilocal (en el que el marido va a vivir con los padres de la esposa), las familias extensas y el parentesco ritual también podían lograr este mismo objetivo.

El punto a destacar aquí es que, al mantenerse un alto grado de interdependencia y de nivelación de las desigualdades de la riqueza dentro de la comunidad disminuyen los riesgos económicos para cualquier hogar y, de este modo, se inhiben la quiebra y la carencia de tierra para algunas familias campesinas.

Esto no quiere decir que las desigualdades no hayan existido en tales comunidades. Por supuesto que las ha habido y las hay, y una muestra es que el poder político desigualmente distribuido ha creado cacicazgos; pero en una economía de subsistencia, las presiones sociales mencionadas en párrafos anteriores lograban evitar, en gran medida, la creación de extremos de riqueza y de pobreza en una mayoría de las comunidades.

²³ Jorge Balan, Harley Browning y Elizabeth Jelin, *Men in a Developing Society* (Austin: University of Texas en Austin, 1973); Robert Kemper, *Migration and Adaptation* (Beverly Hills: Sage Publications, 1977); Arizpe, *Migración, op. cit.*

Cuando estos mecanismos sociales de redistribución se alteran, y finalmente se destruyen, en el interior de la comunidad se genera un proceso que lleva a la pérdida de la tierra por parte de muchas familias campesinas y que, finalmente, sienta las bases para la emigración masiva del campo. Esto ocurre, a mi juicio, como resultado de la *monetarización* de la economía campesina.

El impacto de la monetarización se puede entender con más claridad en las comunidades en donde una agricultura capitalista puede, en un momento dado, ofrecer repentinamente un ingreso monetario considerable. Un caso que sirve de ejemplo es el cultivo del café, cuyo precio aumentó veintidós veces desde 1938 a 1954. En Zacatipan, una comunidad de la sierra de Puebla, el repentino auge del café trajo como consecuencia la fragmentación de la propiedad patrimonial, poseída en conjunto por varias familias emparentadas, debido a que los matrimonios jóvenes podían entonces hacerse económicamente independientes del hogar paterno con mayor rapidez.²⁴ Es decir, podían obtener ingresos inmediatos en dinero, mientras que, con anterioridad, en el cultivo del maíz, los insumos agrícolas y el trabajo recíproco sólo podían obtenerse mediante la pertenencia a grupos de trabajo basados en el parentesco y la cosecha no se vendía al contado sino que se iba consumiendo o intercambiando paulatinamente. Con el café, en cambio, los jóvenes hogares neolocales han llegado a depender por completo del ingreso de las ventas de la cosecha del café y, con la caída del precio de este producto en las últimas dos décadas, han enfrentado mayor riesgo de vender o hipotecar sus tierras y emigrar.

Este mismo proceso fue analizado en Copa Bitoo, en el estado de Oaxaca.²⁵ Se señala que predominó el trabajo asalariado durante el tiempo de auge del café. Cuando el precio en el mercado internacional del café decreció, los hogares ya no pudieron revivir el sistema tradicional de "mano-vuelta" de intercambio de trabajo; tuvieron que apoyarse de nuevo en el trabajo familiar no remunerado, puesto que ya no podían pagar el salario de los peones. Pero, ya para entonces, muchos hogares habían enviado

²⁴ Lourdes Arizpe, *Parentesco y Economía en una Sociedad Nahua* (México: Instituto Nacional Indigenista, 1972).

²⁵ Kate Young, "The Creation of a Relative Surplus Population: A Case Study from Mexico", en L. Benería, ed., *From Dawn to Dusk*, Oficina Internacional del Trabajo (OIT), en prensa.

a sus hijos e hijas fuera de la comunidad para la venta migratoria de su fuerza de trabajo. Esta emigración, que fue tanto estacional como permanente, erosionó todavía más el sistema de intercambio de trabajo dentro de la comunidad. En consecuencia, la gran mayoría de hogares tuvo que disminuir la extensión de sus cultivos de maíz de acuerdo con la cantidad de trabajadores miembros del hogar con los que podía contar.

La monetarización de la economía rural ocurrió, a menudo, más lentamente que en estos ejemplos, pero ha sido el proceso predominante en todas las áreas rurales de México. Se ha hecho evidente en la incesante necesidad de ingresos monetarios por parte de los hogares campesinos, para pagar los costos de la producción del maíz. En 1973, en Santiago Toxi, el 80 por ciento de los costos de producción del maíz se tenían que pagar al contado, comparado con el 30 por ciento de la década anterior.²⁶ El intercambio de trabajo basado en relaciones de parentesco y los grupos colectivos de labranza desaparecieron, como sucedió con el intercambio de semillas entre las unidades domésticas. Al fragmentarse las parcelas, aumentó la erosión del suelo motivada por el cultivo constante, por lo que ahora los fertilizantes resultan indispensables. Además, su precio ha aumentado constantemente. Ahora, el arado y los bueyes tienen que ser arrendados así como también las muías para las otras tareas agrícolas.

Mientras tanto, los ingresos, producto de la venta de maíz y otros productos agrícolas en el mercado eran cada vez menores. Los campesinos sabían que su creciente déficit se vinculaba con el precio del maíz. "Todo sube (de precio), pero no el maíz. ¿Por qué pasará eso?", me preguntaba Raúl Martínez en 1972. Otro agricultor resumió con rapidez toda la situación: "Ya no sirve plantar maíz porque el precio de todo ha subido... Entre tanto, el precio del maíz no ha subido en quince o veinte años. Por eso la gente ya no quiere cultivar el maíz y prefiere irse a trabajar a la Ciudad de México."

Durante este mismo período las industrias y artesanías domésticas campesinas decayeron notablemente, mientras que los productos manufacturados invadieron las áreas rurales; algunos eran más durables que sus contrapartes locales, cómo por ejem-

²⁶ Arizpe, *Migración...*, p. 110.

plo, las cacerolas de peltre en comparación con las de barro; o más baratas, como las mantas comerciales comparadas con los sarapes tejidos a mano; o tenían un mayor prestigio, como las flores de plástico comparadas con los adornos tradicionales. La cerveza embotellada desplazó a casi todas las bebidas locales; por ejemplo, el pulque perdió el 80 por ciento de su valor, en tanto que las botanas empaquetadas han desplazado las ventas de antojitos, quelites, y fritangas de las mujeres. Las capas de tule y las sandalias de cuero fueron reemplazadas por artículos de plástico, los petates por colchones, las reatas de ixtle y de henequén por las de fibras sintéticas, y así sucesivamente se podría hacer una lista muy extensa. Un punto a destacar es, que los productos comerciales tradicionales —el zacatón, el ixtle, el henequén, la candelilla y otros— ya no han tenido demanda efectiva ni en el mercado interno ni en el internacional. También importante, las actividades femeninas generadoras de ingresos más significativas —tejer, coser, cerámica, venta de alimentos y productos de recolección, pequeño comercio, y otras— también declinaron, con lo que se redujeron los ingresos de los hogares más pobres y se hizo casi imposible para las mujeres, ya sea jefas de hogar o independientes, sobrevivir en estas comunidades. La emigración de estas mujeres, por tanto, ha sido sumamente alta.

El crítico desequilibrio económico creado en estas comunidades todavía se hace más claro por el hecho de que, al mismo tiempo que ocurría lo anterior, sus necesidades de consumo aumentaron significativamente. Hay nuevos servicios que pagar: la electricidad, el agua potable, el transporte. Y la actitud “modernizante” difundida por los maestros educados en la ciudad y por los medios de comunicación masiva ha estimulado, en forma agresiva y con desprecio hacia la vida rural, el consumo de bienes con prestigio urbano: ropa de moda, discos, consolas, aparatos electrónicos y otros similares.

Una vez que la acumulación de bienes se convirtió en la principal fuente de prestigio —y de poder político— los agricultores capitalistas de las comunidades adoptaron patrones de consumo suntuario. Pero el acceso a las concesiones de crédito y de comercialización corren por vías políticas. Esto ha dado como resultado que la élite económica y política se hayan fortalecido mutuamente formando un estrecho círculo en donde se

superponen el poder político y la riqueza económica, en tanto que la subordinación del sistema judicial a los poderosos no ha proporcionado vías institucionales para detener las arbitrariedades y abusos que se cometen contra los campesinos. De este modo, con la centralización de los recursos agrícolas, financieros, comerciales y de poder político, se ha consolidado una clase rural dominante muy poderosa. Frente a este grupo, ni los auténticos pequeños propietarios de tierras, ni los ejidatarios, ni los trabajadores agrícolas han podido ejercer un contrapeso político dada la represión y el sistema imperantes.

Significativamente, esta clase rural dominante muestra también una alta incidencia de emigración, hijos e hijas, que buscan una educación mejor o un estilo de vida urbano más a la moda. Este mismo fenómeno ha sido mencionado en otros países en desarrollo.

En resumen, las oportunidades de empleo y de generación de ingresos en los pueblos se han reducido al mínimo. El mercado local de trabajo asalariado no ha proporcionado ni una expansión de oportunidades, ni salarios adecuados. En Huecorio, Michoacán, el salario mínimo en zonas rurales era de 6 o 7 pesos al día en 1962. En 1976, es decir, catorce años más tarde, cuando los ingresos agrícolas en las zonas temporaleras habían decaído y las necesidades monetarias habían ascendido a niveles estratosféricos, ¡este salario había aumentado a 8 pesos!²⁷

La discrepancia tan marcada entre los salarios urbanos y rurales, tuvo un gran impacto en la migración, particularmente en las regiones incluidas en un radio de 250 kilómetros de las ciudades. En las regiones circunvecinas a la ciudad de México (los estados de Hidalgo, Tlaxcala, Puebla, Morelos, México y Querétaro) el salario oficial mínimo era de 18 a 21 pesos diarios en 1972; el salario realmente pagado en estas áreas era de 8 a 10 pesos para las mujeres, y 10 a 15 pesos para los hombres. En tanto, el salario mínimo en la ciudad de México —a sólo dos horas de distancia en autobús— era de 41 pesos; un trabajador de la construcción podía con facilidad ganar 25 pesos diarios, y una vendedora ambulante al menos 20 pesos.²⁸

²⁷ Dinerman, p. 491.

²⁸ Arizpe, *Indígenas en la Ciudad*, p. 84.

Sobra decir que la discrepancia de salarios entre México y Estados Unidos es todavía más notoria. En 1976 Cornelius menciona que los salarios locales en la agricultura en Jalisco eran de 25 a 30 pesos *diarios* (entre 2 y 2.80 dólares) y su equivalente en los Estados Unidos era entre 2.50 y 3 dólares *por hora*. En ese mismo momento, en las fábricas de los Estados Unidos los salarios eran de 4 a 5 dólares por hora.²⁹

EL ÉXODO RURAL Y LA SELECTIVIDAD DE LOS MIGRANTES HACIA LOS ESTADOS UNIDOS

La información de las encuestas efectuadas sobre la migración mexicana hacia los Estados Unidos,³⁰ enmarcada en los antecedentes del éxodo rural analizado en las páginas anteriores, sugiere que migra al otro lado de la frontera solamente cierto tipo de migrante. En otras palabras, nos preguntamos si los migrantes extra-frontera constituyen una muestra aleatoria de los migrantes rurales de México. ¿Es idéntica su selectividad?

Varios estudios de comunidad en México han mostrado que los habitantes rurales más pobres y sin tierras tienden, por regla general, a no migrar a los Estados Unidos aunque sí migran hacia otros destinos, usualmente rurales, dentro de México. Dinerman, a partir de su trabajo de campo en Michoacán, explica este fenómeno de la siguiente manera: "Los que carecen de tierras, aquellos sin recursos para construir y mantener una amplia red social que los una a otros hogares, aquellos que no tienen influencia en los asuntos de la comunidad y que, por lo mismo, carecen de aliados económicos, no patrocinan a migrantes (a los Estados Unidos)."³¹ Mis propias investigaciones en los

²⁹ Wayne Cornelius, "Outmigration from Rural Mexican Communities", en *The Dynamics of Internal Migration*, Occasional Monograph Series, Smithsonian Institution, vol. 2, núm. 5, p. 23.

³⁰ Se basa este análisis en información proporcionada por la encuesta del Centro Nacional de Información y Estadísticas del Trabajo (CENIET) y en los trabajos de Jorge Bustamante, entre ellos: "Undocumented Migration from Mexico: A Research Report", en *International Migration Review*, XI, núm. 2, pp. 149-178; de Francisco Alba, "Mexico's International Migration as a Manifestation of its Development Pattern", en *International Migration Review*, XII, núm. 4, pp. 502-513; y los ya citados de Wayne Cornelius e Ina Dinerman.

³¹ Dinerman, p. 498.

estados de México y Michoacán apoyan esta hipótesis. Cornelius señala, entre otras cosas, que los campesinos muy pobres no pueden costear los gastos de viaje o los costos del "coyote" para cruzar hacia los Estados Unidos.³² Este freno económico a la migración, sin embargo, puede ser compensado por el hecho de que algunas comunidades ya han establecido, desde hace tiempo, rutas de migración y contactos en los Estados Unidos.

El motivo que con más frecuencia se menciona para migrar a los Estados Unidos son los salarios más elevados. La importancia de los efectos de los diferenciales de salario ha sido ya demostrada en diversos estudios.³³ En base a un análisis longitudinal de la migración mexicana hacia los Estados Unidos, Jenkins concluye que: "Son las fluctuaciones en los diferenciales de salario, generados en gran medida por los cambios en los salarios de México, los que dan forma a la migración (hacia los Estados Unidos)."³⁴ Esto hace pensar en el modelo teórico sobre la migración de Todaro, en el cual concluye que "los migrantes encuentran un incentivo para migrar aun cuando existe una alta probabilidad de desempleo en el lugar de destino, siempre y cuando el producto del salario, y la probabilidad de empleo, sobrepasen al salario rural por un margen suficientemente alto como para absorber el costo de traslado."³⁵

Sin embargo, esto no significa que el flujo de migrantes a los Estados Unidos conste principalmente de trabajadores que escogen entre dos niveles de salarios. Jenkins añade que no son las condiciones laborales sino los cambios totales en la productividad agrícola y en la inversión de capital las que tienen el impacto mayor sobre la migración indocumentada y la de los braceros.³⁶ Este autor encontró que el programa oficial de braceros reclutaba

³² Cornelius, p. 24.

³³ Ver Manuel Gollás, "La migración, el ingreso y el empleo urbanos", en Asociación Mexicana de Población (AMEP), *Las migraciones y la política demográfica regional en México*, 1981.

³⁴ Jenkins, p. 184.

³⁵ El modelo de Todaro resulta útil para explicar por qué los migrantes siguen migrando a pesar de las malas condiciones en las ciudades pero es criticable por no incorporar al análisis el sector urbano informal en el que se emplean una mayoría de los migrantes en muchas ciudades de los países en desarrollo. Michael P. Todaro, *Internal Migration in Developing Countries* (Geneva: ILO, 1976).

³⁶ Jenkins, p. 184.

una mayor cantidad de trabajadores asalariados, en tanto que la migración de indocumentados absorbe una mayor proporción de propietarios de tierra. El CENIET en su estudio, extenso y muy completo, mostró la existencia de una mayoría de propietarios entre los migrantes a los Estados Unidos, apoyando la observación de Bustamante de que la proporción de jornaleros ha decrecido progresivamente entre tal grupo de migrantes.³⁷

¿Por qué ocurre que los campesinos minifundistas estén más interesados que los asalariados en el tipo de empleo temporal que ofrecen los Estados Unidos? La respuesta se halla en la dinámica familiar de la migración entre los primeros. En estas familias la migración es consecutiva, con la salida, según la etapa del ciclo doméstico de los siguientes miembros del hogar:

a) El padre, que es el primero que migra; se trata de una migración temporal o estacional en la que el migrante raramente permanece en los Estados Unidos de manera definitiva;

b) Los hijos mayores que en un principio envían remesas pero de quienes se espera que se establezcan pronto por su cuenta, puesto que no heredarán tierra; ellos van temporalmente, pero tienden a permanecer allá si las condiciones se lo permiten;

c) Los hijos más jóvenes que también envían remesas, pero que tienen mayor probabilidad de heredar alguna tierra dada la ultimogenitura; ellos, muy probablemente sí regresen a establecerse en México;

d) Las hijas que también envían remesas, pero que viajan sólo si pueden hacerlo con el padre, un hermano, o un pariente cercano;

e) Miembros colaterales que el hogar campesino no puede emplear o mantener; estos parientes (por ejemplo, sobrinos, sobrinas, primos) tienen especial propensión a emigrar.

Ahora bien, es probable que la seguridad de tener una base patrimonial haga que estos migrantes estén más dispuestos a asumir los riesgos que implican varios años de un incierto y estacional trabajo en los Estados Unidos, en tanto que los varones y mujeres trabajadores sin tierras necesitan crearse condiciones

³⁷ Ver los capítulos de Jorge Bustamante y Carlos H. Zazueta in *The Border That Joins*, vol. 2, editado por Peter G. Brown y Henry Shue (Totowa, N.J.: Rowman and Littlefield, en prensa).

más estables para vivir y, consecuentemente, preferirían las ciudades u otras áreas rurales en México. También como ya se mencionó, los jornaleros encuentran mayores dificultades para reunir el dinero necesario para viajar al otro lado de la frontera. Finalmente, es muy probable que los lazos sociales y los canales de información, que son necesarios para una migración exitosa a los Estados Unidos, sólo puedan mantenerse, de manera estable, entre aquellos migrantes que poseen tierras.

Pocos son los migrantes a los Estados Unidos que pertenecen a las clases rurales de ingresos medio y alto, puesto que en su mayoría poseen un capital económico o educativo o parientes o contactos sociales favorables en las ciudades mexicanas.

Finalmente, por diferentes razones, las mujeres viudas, divorciadas o solteras también tienden a establecerse en las ciudades mexicanas, a menos que la red migratoria de la comunidad les haga posible cruzar la frontera. Asimismo, por lo general, la gente más anciana sale de su comunidad hacia las ciudades en México; pocos se aventuran hacia los Estados Unidos debido a las barreras impuestas y a la preferencia por ambientes más familiares.

CONCLUSIONES

El intenso éxodo rural en México en las últimas tres décadas, ha sido el resultado de los efectos combinados, por una parte, de la oferta de empleo en los centros industriales y comerciales en expansión de México y de Estados Unidos, y, por otra parte, de la descomposición progresiva de la economía campesina basada en el cultivo temporalero del maíz. Debido a que han decrecido las fuentes de ingreso y los empleos asalariados tradicionales en las zonas rurales, muchos miembros de los hogares campesinos se han transformado en migrantes.

Los mecanismos económicos que subyacen a este éxodo —la monetarización de la economía campesina, las fluctuaciones y declinación relativa de los precios agrícolas, la destrucción de las ocupaciones e industrias rurales— no son diferentes de aquellos que expulsaron a millones de migrantes del campo en Europa Occidental durante el siglo xix y comienzos del xx. La emigración rural masiva, entonces, no es un fenómeno nuevo en el

capitalismo industrial occidental y no es de ningún modo extraño para los Estados Unidos, país que formó gran parte de su población colonizadora a partir de los migrantes rurales europeos y que, a su vez, ha trasladado a la mayoría de su población rural a las ciudades.

Es indudable que la rapidez con la que ha ocurrido la emigración rural en México, y también en muchos países en desarrollo desde los años cincuenta, se ha debido a las políticas específicas de desarrollo que han estimulado la industrialización y urbanización a expensas de la agricultura. Puede decirse que la crisis rural actual en estos países, es el resultado de la aceptación acrítica de tales políticas por parte de los Estados y de las instituciones financieras internacionales.

En el caso mexicano, la quiebra de la agricultura minifundista de temporal generó las condiciones para un éxodo rural masivo. Las acciones específicas, tales como el mantenimiento de los precios bajos para el maíz entre 1957 y 1973, sólo aceleraron el proceso de integración de los campesinos a la economía de mercado en condiciones desiguales. Esto no significa que este proceso sea irreversible o inmodificable. Pero lo seguirá siendo en la medida en que prime, como objetivo del desarrollo, la eficiencia económica —basada en la importación de insumos y bienes de capital y en el ahorro de mano de obra—, política que desplaza a los pequeños productores e inhibe iniciativas locales.

Ahora bien, aun dada la liberación de fuerza de trabajo agrícola, la salida del campo ocurre sólo si existen fuertes factores de atracción en otras zonas: son estos factores los que determinan la tasa de emigración y el lugar de destino de los migrantes. Desde los años cuarenta hasta mediados de los sesenta, la expansión de los sectores industrial y de servicios en las ciudades de México permitieron la incorporación de varios millones de migrantes rurales. Desde mediados de los sesenta, sin embargo, el sector urbano moderno ha sido incapaz de ofrecer empleo al ritmo requerido para absorber la totalidad de la mano de obra migrante. En forma paralela a la migración rural-urbana, se fue consolidando, a partir de los años cincuenta, un movimiento migratorio de mexicanos hacia los Estados Unidos. Sin embargo, esta migración, tanto la oficial como la indocumentada, atrae sólo a ciertos tipos de migrantes. Comparado con el flujo general de

emigrantes rurales, la migración a Estados Unidos contiene una proporción *menor* de migrantes pobres y sin tierras, de mujeres, de ancianos y de jóvenes de ambos sexos de hogares rurales de ingresos medios y altos. El grueso de los migrantes hacia los Estados Unidos son hombres adultos ligados, de alguna manera, a la pequeña producción agrícola. Y, muy importante, no todos ellos son asalariados sin empleo, lo cual significa que, a partir de cierto punto, los factores de atracción superan a los factores de expulsión que ponen en disponibilidad de migrar a parte de la población rural.

Por lo tanto, si los Estados Unidos no están recibiendo aleatoriamente a los migrantes expulsados del campo mexicano, se puede concluir que no están recibiendo el impacto directo de la crisis rural actual. Antes bien, los empleadores de los Estados Unidos se están beneficiando de la crisis ya que están cosechando a los trabajadores más aptos para su mercado de trabajo. Esta observación se fortalece si anotamos que todos estos migrantes, capaces y emprendedores, han sido alimentados, atendidos y educados por las ya empobrecidas comunidades rurales mexicanas. Es cierto que, en estos momentos y en especial por la crisis financiera, la economía mexicana es incapaz de acomodar productivamente a todos estos migrantes rurales, pero no es solución el que estas comunidades rurales proporcionen los servicios de guarderías, escuelas, seguridad social y servicio de desempleo para trabajadores empleados en Estados Unidos, sobre todo si se les pide que además, los reabsorban cuando son enviados de regreso a México, en períodos de recesión económica .

Por lo anterior, si hay manera de asegurar que los migrantes mexicanos no dañen la posición de los trabajadores norteamericanos en Estados Unidos, el movimiento de migrantes entre los dos países puede constituir un vínculo que beneficie a ambas partes. Pero esto significa que debe buscarse un marco de políticas que parta del reconocimiento de las necesidades y beneficios para ambos países.

En lo que atañe a tendencias futuras, es probable que el patrón y tasa de este flujo migratorio no varíe mucho en su estructura, aunque fluctúe súbitamente por la crisis financiera. No disminuirá en tanto exista la demanda de trabajadores en los Estados Unidos, fenómeno que es virtualmente independiente de

las condiciones en las áreas rurales de México. No se intensificará a largo plazo si el gobierno mexicano apoya con éxito a la agricultura temporalera tal como se ha comprometido a hacerlo a través de múltiples programas de desarrollo rural y si se logra una regulación voluntaria del crecimiento poblacional. Sin embargo, el flujo masivo de recursos financieros hacia las comunidades campesinas tomará muchos años para lograr reconstruir una organización económica y social viable de modo que sus efectos se hagan sentir sobre la emigración. Lo que es muy claro es que esto requeriría, no una política económica productivista, sino una política redistributiva y con participación amplia que comprenda lo económico y lo social.

En una perspectiva amplia y de largo plazo, se hace evidente que la migración mexicana a los Estados Unidos, movimiento que involucra a miles de hombres y mujeres que buscan mejores oportunidades de vida, es sólo una parte de la relación muy compleja entre ambos países. La forma en que esta relación evolucione en su conjunto creará las condiciones para resolver los problemas bilaterales en un futuro, esperemos, sobre la base de la reciprocidad y de la cooperación.